


Carta abierta a José Vasconcelos

I distinguido amigo: Desde que se anunció la candidatura de usted a la Presidencia de la República Mexicana pensé escribirle para sintetizar en unas líneas las congratulaciones de mi vieja y cordial amistad y el eco simpático y prometedor que su actitud levanta en la América Latina. Extinguidos los sucesos que me obligaron a aplazar la realización de este propósito, no quiero que pase un día más sin enviar, en mi nombre y en el de numerosos amigos, este saludo a uno de los hombres más meritorios y más útiles dentro de la evolución que se está operando en nuestras repúblicas.

Cuando, en 1910, hablé en uno de mis libros de reforzar la eficacia nacional de cada uno de los estados latino-americanos creando por encima de ellos una ciudadanía susceptible de involucrarlos a todos, indiqué una dirección práctica, que emana, a la vez, de la lógica de los antecedentes y de las imposiciones de nuestro destino. La mejor prueba de la vitalidad de esta concepción (empleo la palabra «vitalidad» en contraposición a «utopía») es que a medida que nos vamos conociendo se generaliza, hasta en la masa analfabeta, ajena a toda propaganda, la convicción de que desde El Paso hasta el Cabo de Hornos formamos un solo conglomerado.

Cuanto más intensamente velamos por el porvenir de nuestra patria inmediata, con más fraternal inquietud consideramos los asuntos de los pueblos afines. Por eso admiro a México, que ha dado forma a la aspiración general ofreciendo sin condiciones la ciudadanía a los hijos de todas las repúblicas de origen hispano que acepten la reciprocidad. La ley generosa encierra una idea de gobierno que puede devolver la salud a un Continente, dándole, en el orden superior, un ideal, y activando, en el orden ejecutivo, la circulación de la sangre para hacerla afluir en horas de zozobra a los puntos amenazados.

La rutina, el localismo, las rémoras que nos recluyen en apriscos de ignorancia o de recelo artificial han impedido que la actitud de México sea imitada por las otras repúblicas y que la fórmula adquiera su plena virtud. Pese al anhelo de las juventudes y a los esfuerzos de algunos espíritus clarividentes, cada nación latino americana sigue siendo aún, desde el punto de vista legal, un país extranjero para los ciudadanos de las otras.

Esto nos coloca, por ahora y a pesar de los entusiasmos que nos unen, en situación difícil para abrir juicio sobre cuestiones de política interna.

No he de ser yo, que tanto quiero y admiro a México, quien rompa esta ficción legal, por artificiosa que ella me parezca. No he de ser yo quien me arriesgue a herir susceptibilidades que pueden ser explotadas arteralmente. En la situación actual, sólo el pueblo mexicano tiene derecho a opinar sobre sus problemas electorales. Nosotros, los hermanos, le debemos el homenaje de la abstención más estricta, aunque más no sea para asegurar, o forzar, la abstención y el respeto de los extraños.

Pero si en las cuestiones internas hemos de ajustarnos a esta regla de conducta, ignorando cuanto se refiere al libre juego de los partidos y a la organización propia de la colectividad, hay aspectos de orden internacional dentro de los cuales podemos emitir opinión sin salir de los límites de nuestras jurisdicciones respectivas. Me refiero a lo que atañe a la adquisición de una personería diplomática que permita a los pueblos latino-americanos mantener su autonomía y defender ideas propias en los debates del Nuevo Mundo.

Nuestras repúblicas no han tenido hasta ahora, ni aisladamente ni en conjunto, una política internacional. A lo largo de un siglo se han limitado a improvisar expedientes, a sortear las dificultades diarias, a pasar de la incuria al apasionamiento, cayendo en los lazos y en las sacudidas nerviosas de los que, sorprendidos por los fenómenos, sólo atinan a salir del peligro inmediato, sin abarcar el panorama, ni descubrir la ilación lógica de los sucesos. Las vanas querellas fratricidas, contra las cuales nunca insistiremos bastante, el hervor estéril de las ambiciones, las rivalidades de frontera, nos han impedido abarcar en la geografía y en el tiempo el panorama de nuestra situación y nuestro porvenir.

Mientras otros pueblos vigilan implacablemente el derrotero que mejor se ajusta a su preservación y desarrollo, nosotros nos hemos dejado llevar por las aguas, esperándolo todo de la casualidad, del derecho, del respeto a los débiles, de cuanto no se cotiza en la política internacional de nuestras épocas. Cada fracaso lo hemos explicado después culpando a los demás, sin comprender la parte que en él tuvo la propia inexperiencia o imprevisión. Ciegos, sordos, suicidas frente a las influencias absorbentes, hemos dado así el espectáculo de una paradójal partida de ajedrez en la que, de un lado del tablero está un campeón que lo tiene todo previsto, y del otro un grupo de

neófitos, cada uno de los cuales mueve su pieza aturdidamente y sin plan, ajeno al ritmo y a la finalidad de la partida.

México ha sido la república que tuvo hasta ahora una noción más clara de las necesidades del momento, aunque esto no implique admitir que su política internacional estuvo de una manera continua a la altura de las circunstancias. Basta la evocación de sus dolores para medir la magnitud de las faltas que cometieron algunos de sus dirigentes. Pero, siendo en el momento actual la que, aleccionada por su ubicación, anuncia una inteligencia más comprensiva de los intereses comunes, de ella cabe acaso esperar las orientaciones y las rectificaciones, que darán forma concreta al deseo de vivir de nuestros pueblos.

Sólo he dicho vivir. Nosotros no abrigamos odio contra nadie, ni contra nada. No asoma en nuestro pensamiento la más ínfima partícula de hostilidad contra ningún país. Pero queremos vivir de una manera integral, sin mutilaciones, sin reservas, sin sujeción, oculta o confesada, a ajenos organismos. Queremos que la personalidad de la América Latina se desarrolle como conjunto autónomo. Y tenemos la convicción de que, sin choque ni conflicto, es posible restablecer o reconstruir pacíficamente mucho de lo que fué abandonado o comprometido por la pereza o la ignorancia durante las épocas en que no se había despertado aún la inquietud renovadora y vigilante que hoy anima a las nuevas generaciones.

Nuestra América, en apariencia abúlica y desorientada, pero en realidad ansiosa de gestos que traduzcan autorizadamente su contenido fervor, sabe que, sin salir de la reserva oficial, un gobierno consciente de las responsabilidades continentales puede abrir las puertas al porvenir. Por eso es que la candidatura de usted a la Presidencia de la República aviva el optimismo de todas las esperanzas en el orden internacional. Y por eso es que le mando, como argentino y como ciudadano de la América Latina, este abrazo fraternal.—MANUEL UGARTE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Notas sobre literatura inglesa contemporánea

ACTUAN en la Inglaterra literaria de hoy dos generaciones, la generación anterior a la guerra y la de la post-guerra. La última aún no ha encontrado propagandistas y defensores. Es lógico que en Inglaterra y en el extranjero los nombres de la generación anterior